

EL GUARDIÁN DE FUEGO: URCUNINA, EL LEÓN DORMIDO

Hace mucho tiempo, en las tierras altas del sur de Colombia, se alzaba una montaña majestuosa y poderosa que los indígenas Quillacingas llamaban Urcunina, que significa "Montaña de Fuego". Esta montaña no era una montaña común, era un volcán que guardaba secretos y fuerzas maravillosas. Para los pueblos cercanos, Urcunina era más que un gigante dormido; era un cuidador que protegía a sus habitantes, por eso también le llamaban "El León Dormido".

Urcunina, con su cima humeante y sus cráteres ardientes, mantenía la tierra fértil y los ríos llenos de agua fresca. A pesar de su apariencia amenazante, los habitantes sentían respeto y cariño por él, ya que creían que cuando rugía era porque cuidaba de ellos y les avisaba que debían prepararse para protegerse. Las cosechas de maíz y papa eran abundantes gracias a las cenizas que enriquecían el suelo, y las aguas termales que brotaban de sus faldas curaban los males del cuerpo y el espíritu.

La vida transcurría en armonía bajo la atenta mirada del León Dormido. Sin embargo, los más ancianos de la tribu contaban una historia aún más grandiosa. Decían que Urcunina no estaba solo en el mundo. Que mucho más al sur, en lo que hoy se conoce como la región de Nariño, existía un hermano mayor, un volcán aún más antiguo y sabio al que los pueblos Pastos honraban con el nombre de **Galeras**. Este coloso, de amplia base y perfil imponente, era el patriarca de los fuegos andinos. La leyenda decía que **Galeras** y Urcunina estaban unidos por un profundo río de fuego que fluía bajo la tierra, comunicándolos y permitiéndoles compartir su fuerza vital.

Se creía que cuando **el volcán Galeras** respiraba con fuerza, enviando fumarolas densas hacia el cielo, era un mensaje para Urcunina. Un recordatorio de su deber sagrado y una muestra del equilibrio que debía mantenerse entre el fuego creativo y el fuego destructor. Los chamanes Quillacingas interpretaban los sueños y las señales del cielo, afirmando que el León Dormido escuchaba atentamente los consejos de su hermano mayor, **Galeras**, y que de su sabia relación dependía la estabilidad de toda la región.

Una vez, cuenta la tradición, Urcunina se entrusteció profundamente. Las nubes se negaban a soltar la lluvia y la tierra comenzaba a agrietarse. El León Dormido calló su rugido, y un silencio inquietante se apoderó del valle. Los habitantes, preocupados, acudieron a los sabios. Estos, después de días de meditación, anunciaron que Urcunina extrañaba la voz de su hermano. Un grupo de valientes emprendió entonces un largo viaje hacia el sur para llevar ofrendas de oro y esmeraldas a **Galeras** y pedir su intervención. Al llegar a las faldas del gran volcán, realizaron un ritual durante tres lunas. Poco después, **Galeras** emitió un suave retumbo, un sonido grave que recorrió las entrañas de la tierra como un susurro de aliento. Al recibir este mensaje, Urcunina despertó de su letargo. Una leve explosión iluminó la noche y una fértil lluvia de ceniza cubrió los campos, devolviendo la vida y la alegría a su pueblo.

Con el tiempo, los conquistadores españoles llegaron a la región y, al ver la forma de la montaña, la rebautizaron como "Volcán de Pasto", ignorando su nombre ancestral y su profunda conexión con **Galeras**. Pero para los hijos de la tierra, para aquellos que sienten latir el corazón del mundo, el gigante de piedra y fuego nunca dejó de ser Urcunina, el León Dormido, el guardián cuyo destino está eternamente entrelazado con el de su hermano mayor, el venerable **volcán Galeras**, en una danza eterna de fuego y creación que perdura más allá de los nombres y de los siglos.